



La Soledad como Leitmotif en la Poética de Jaime Sabines

Lidia Valencia Fourcans¹

ABSTRACT This study focuses on solitude as a leitmotif in the poetic work of Jaime Sabines (1926 – 1999). The implications of solitude are expressed implicitly and explicitly in the images and metaphors of Sabines’s poetry. Through close examination of this leitmotif it is possible to demonstrate that the leitmotif of solitude is fundamental to the construction of Sabines’s creative identity as well as being the very foundation of his poetic expression. This leitmotif constitutes an important part of the dialogue that the lyric subject has with the reader. Moreover, it helps to construct a unique discourse that subverts the hegemonic and conventional nature of representation of cultural practices such as religion, marriage, education and death. In order to complete this study, I intend to analyze chronologically the following five books of Sabines’s poetry: *Horla* (1950), *La Señal* (1951), *Adán y Eva* (1952), *Tarumba* (1956) and *Yuria* (1967).

Jaime Sabines (1926 – 1999) conmueve al lector con su “palabra viva” porque con ella esboza los rasgos más íntimos de la sensibilidad humana. Con una retórica desnuda y apasionada, el poeta nos revela en metáforas su visión del mundo. Diestro en el manejo del sentido eurítmico y de una lírica en la que las imágenes exaltan los sentidos, crea una poética corpórea y humana. Sabines sabe que la única poesía que persiste en el tiempo es aquella que se escribe desde el corazón, por eso desde ahí escribe sobre la vida, con todos sus matices y altibajos. El poeta establece una fuerte conexión con la sensibilidad popular porque con sus palabras describe una experiencia que nos atañe a todos. El toque de ironía en su poesía a ratos alcanza el tono de la tragicomedia: “chupas de la botella de la muerte/ y me dices ¡salud! entre hipo e hipo” (Sabines, *Recuento de poemas* 149). Luis Eduardo Rivera en “Jaime Sabines: el estilo como instinto” menciona que la expresión peculiar y el estilo de Sabines ha penetrado en la idiosincrasia del mexicano por su sentido tragicómico de la vida, que se encuentra en todos los ámbitos de la cultura mestiza, por ejemplo, las calaveras de Día de Muertos, los boleros, los corridos, el cine, etc. (Recopilado en Mansour 288).

La poética sabiniana se asemeja a un diario expresado mediante la construcción de un alter-ego como en *Tarumba* (1956), o a través de un sujeto lírico emotivamente profundo. Mediante su poesía el poeta nos adentra a su visión del mundo. No sólo la visión del Sabines poeta sino también la del Sabines humano. El poeta se identifica con la voz implícita del “yo” lírico de sus poemas: “esa primera persona soy yo y supongo que también cualquier hombre por el que

¹ Lidia Valencia Fourcans holds a B.A. in English literature from the Autonomous University of the State of Mexico and an M.A. in Latin American and Caribbean Studies from the University of Guelph. She is currently pursuing graduate studies at the Department of Geography, University of Guelph. Lidia has taught contemporary literature, textual analysis and theory of translation at the Autonomous University of the State of Morelos and The Alzate University, Mexico. She is also a registered English-Spanish Translator with specialization in Literary and Legal translation. Her main areas of interest and research are Latin American Culture and Identity, Gender and Development Studies, Contemporary Latin American Philosophy and Thought, Modern Latin American and Spanish-American Literature, Economic Geography and Consumption Geographies.

tomo la palabra” (Citado en Mansour 382). El sujeto lírico de la poesía sabiniana encarna al hijo que deja la provincia y a su familia para seguir su propio camino solo en la gran ciudad: “uno es el hombre que anda por la tierra y descubre [...] a la rama del árbol, / al río, a la ciudad, / al sueño, a la esperanza y a la espera” (Sabines, Recuento 25). Ya en la ciudad es quien nos describe: “las noches de exacta soledad – maldita y arruinada soledad sin uno mismo-” (11). El “yo” lírico establece un diálogo con el lector y le confiesa, como a un amigo, su nostalgia por el amor que dejó en la provincia: “Sitio de amor, lugar en que he vivido de lejos, tú, ignorada, amada que he callado, mirada que no he visto, mentira que me dije y no he creído. [...] A llanto, amor y muerte nos quisimos” (26). El actante de los poemas de Sabines es el hombre solitario que se apoya en un Dios que sabe ausente: “Quiero apoyar mi cabeza en tus manos, Señor del humo, sombra, quiero apoyar mi corazón” (57). En la poética sabiniana germina una particular perspectiva nihilista, en la que concibe que no hay “nada” que sustente al hombre: ni Dios ni fundamento alguno; sólo el hombre.

Sabines nos muestra en sus poemas que: “la poesía no es más que un testimonio del hombre, de sus días sobre la tierra” (Citado en Mansour 382). Mediante el análisis puntual de su testimonio lírico concluyo que la soledad es una parte fundamental de su identidad creativa y su expresión poética. La soledad se presenta acompañada de otros leitmotifs que conforman el mosaico temático de la poética sabiniana. En Horal (1950) el sujeto lírico de los poemas encuentra en la escritura un resguardo de la soledad. En este poemario se marcan los inicios del ciclo de soledad, similar al ciclo biológico inherente al ser humano, que se vislumbrará a lo largo de su obra. También es aquí donde se plantea el conflicto interior entre el agnosticismo y la necesidad de creer en Dios y lo sagrado, para rehuir a la soledad. El hombre agnóstico está solo porque desconoce a Dios, está dejado de su mano divina. Este planteamiento es una de las varias rupturas entre la visión de Sabines del mundo y el discurso hegemónico. En 1950, la influencia católica imperaba en la sociedad mexicana pese al aún latente patriotismo postrevolucionario y la vigente secularización de la educación. El agnosticismo y el ateísmo se seguían “satanizando”, y cualquier discurso opuesto al de la iglesia se concebía como una transgresión al orden moral. Sin embargo, Sabines mediante la poesía expresó su voz subversiva: “¡Qué hermosa palabra ‘Dios’, larga/ y útil al miedo, salvadora!/ aprendamos a cerrar los labios del corazón/ cuando quiera decirla, / y enseñémosle a vivir en su sangre, / a revolcarse en su sangre limitada” (Recuento 258-259). Los leitmotifs de Dios y lo sagrado encuentran su cauce y van evolucionando a lo largo de la poética sabiniana, pero la condición de soledad del hombre dejado de la mano de Dios y el cuestionamiento al discurso preestablecido por la tradición religiosa prevalece en toda su obra: “Me encanta Dios. Es un viejo magnífico que no se toma en serio. / A él le gusta jugar y juega, / y a veces se le pasa la mano y nos rompe una mano o nos aplasta definitivamente” (421).

Sabines afirma en una entrevista que el poema de “Los amorosos” fue, en su momento, como un vaticinio de los temas esenciales de su poesía: el amor, la soledad, la presencia de la muerte y el amor a la vida (Los amorosos). En este poema se cimienta el reconocimiento de la condición inherente de soledad del hombre expresada desde otra perspectiva: la pareja y el amor. Sabines deja ver que al vivir en pareja el hombre está más consciente de sí mismo, de sus limitaciones y carencias, no sólo para complementar a otro ser humano sino incluso para sentirse completo dentro de su propia individualidad. En esa misma entrevista para Canal 22

dice que todos los temas que toca en “Los amorosos” insisten en toda su vida poética y que: “reconcentran la soledad, que hablan de la soledad del hombre y [...] de ese amor que perpetuamente tiene que ser renovado a través de una mujer y de otra, a través de un hijo y otro, a través de una soledad y de otra soledad” (Los amorosos). El planteamiento que hace el poeta sobre el amor subvierte el orden social tradicional porque desestabiliza la visión conservadora del matrimonio. Plasma en su poesía la concepción del amor frágil e impredecible, opuesto a la idea del amor eterno y la unión estable. Sugiere que el amor es la unión de dos soledades, dos individuos cómplices en su soledad. El amor para Sabines es libre y finito. Octavio Paz afirma que la sociedad mexicana conservadora, en ese momento histórico, concebía el amor como el elemento base de una unión estable que únicamente podía ser validada mediante la institución del matrimonio, y cuyo fin último era crear hijos. La sanción por la transgresión de esa regla variaba según el tiempo y el espacio. Paz agrega:

La estabilidad de la familia reposa en el matrimonio, que se convierte en una mera proyección de la sociedad, sin otro objeto que la recreación de esa misma sociedad. De ahí la naturaleza profundamente conservadora del matrimonio. Atacarlo, es disolver las bases mismas de la sociedad. Y de ahí que el amor sea, sin proponérselo, un acto antisocial, pues cada vez que logra realizarse, quebranta el matrimonio y lo convierte en lo que la sociedad no quiere que sea: la revelación de dos soledades, que crean por sí mismas un mundo que rompe la mentira social (Paz, *El laberinto de la soledad* 179).

Sabines subvierte el discurso hegemónico de la sociedad conservadora y la iglesia al revelar la condición de soledad de la pareja y la lasitud del amor. Sin embargo, en su momento los críticos no lo interpretaron como una postura subversiva sino que asociaron a los amorosos con los amantes y las pasiones carnales e ilícitas.

En Horal (1950), Sabines estableció su estilo poético y el eje temático de su obra. Indudablemente su acuarela ideológica adquirió más colores y matices en concordancia con la experiencia y la evolución creativa del poeta.

En La Señal (1951) y Adán y Eva (1952); ahondó en su mirada introspectiva de la experiencia análoga del hombre con la soledad, el solipsismo y la muerte. En La Señal observamos cómo el sujeto lírico formula otra manera de entender la condición de soledad. No es que el hombre de repente se encuentre solo sino que la soledad es parte esencial de la existencia humana. Aquí, a diferencia de en Horal, el sujeto lírico ya no se refugia en la escritura para rehuir de su soledad. En este segundo poemario el “yo” lírico ya ha aceptado su condición de soledad y ahora tiene como menester deconstruir los elementos conceptuales que fundamentan, según la tradición, la negación de la inherente condición de soledad humana. En La Señal Sabines consolida su voz poética y reafirma el eje temático de su obra sin giros conceptuales marcados. La soledad inherente del hombre es la piedra angular de este poemario, aunque los leitmotifs de la muerte, el tiempo, lo sagrado y el amor continúan presentes con un eje semántico propio, ya que cada poema posee su propia autonomía. El indicio subversivo en Horal continúa implícitamente en La Señal, pero sólo en el poemario de Adán y Eva retoma ese hilo conductor explícitamente, dentro del discurso poético, mediante su recreación del relato bíblico sobre Adán y Eva en el huerto del Edén. Para Sabines es en ese escenario de naturaleza primigenia donde el ser humano

descubre su inherente condición de soledad y su otredad ante todo lo que lo rodea. El relato está enmarcado por la soledad, la ausencia de Dios, el erotismo, y la muerte. Sabines se ayuda de la alegoría para inventar una imagen híbrida, un concepto ecléctico del origen del hombre añadiendo elementos propios sobre su concepción de la esencia humana y sus orígenes.

Tarumba (1956) es un poemario sumamente íntimo. El sujeto lírico ahora está casado, va a tener un hijo, es comerciante y vive en la provincia. Los elementos extralingüísticos de los poemas han cambiado pero el leitmotif de la soledad persiste tomando formas más complejas que aluden a la impotencia de no poder escapar del ensimismamiento rutinario. La necesidad de crear un alter ego e incorporar matices llanamente íntimos y descriptivos a sus metáforas se hace aún más evidente que en los poemarios anteriores, hasta el punto en que críticos como Fernández Granados aluden a este poemario como al diario del poeta. Es el libro que confirmaría que la poética sabiniana surge de la experiencia humana. Así –continúa construyendo su discurso subversivo– el sujeto lírico tiene como menester la defensa de su derecho a la individualidad y a querer estar solo. Admite ser parte de una sociedad, tener una familia, pero también se reconoce un sujeto individual cuyos intereses divergen de los de la mayoría que le rodea. La incompreensión y el reconocimiento de su alienación se presentan como otras formas de soledad en este libro, lo cual marca un cambio significativo en la visión del “yo” lírico con respecto a su condición de soledad: “¿Para qué te ha de entender nadie, Tarumba?, / ¿para qué alumbrarte con lo que dices como una hoguera?/ Quema tus huesos y caliéntate” (Sabines, Recuento 144).

Empero, el punto cúspide del leitmotif de la soledad se da en el poemario de Yuria (1967). Dicha soledad es aún más dolorosa, enfermiza y mortal. En este libro, más que en los poemarios anteriores, la intención implícita del poeta de desmitificar y subvertir el idealismo anidado en sentimientos como el amor, Dios o la muerte se intensifica. El sujeto lírico ya no rehúye a la soledad como en el pasado, acepta la oquedad del presente y vislumbra en su futuro sólo la oscura sombra de la muerte. La soledad se torna existencial e irrumpe en el subconsciente del “yo” lírico expresándose como angustia y muerte. El sujeto lírico no sólo está consciente de su condición de soledad sino que vive abatido por la angustia de vivir. La experiencia vívida de la soledad expresada en los primeros poemarios de Sabines era apenas un atisbo al padecimiento existencial que se revelaría en este libro.

En suma, los poemarios de Sabines son el recorrido de una forma de soledad a otra porque él concibe a la poesía como: “un puente que tendemos entre una soledad y otra” (Los amorosos). Según Sabines, escribir rompe el ciclo de soledad, es un momento de comunión con la gente y la vida:

El hecho de escribir es ya el hecho de romper esa soledad; ese instante en que usted escribe es un instante de comunión con las personas y con la vida. Hasta con los muebles y las cosas. Escribir es el verdadero sentido de la vida [...] Escribir me ayudó a salir de mi soledad (Cruz).

La soledad es el alfa y el omega de la poética sabiniana; encamina el paso del hombre por el mundo, y la poesía es su destino.

Tengo las páginas para escribir, tengo el silencio, la soledad, el amoroso insomnio [...] (Sabines, Recuento de poemas 348).